

2010

**Carta del Padre General
P. AQUILÉO FIORENTINI, IMC
(B.U., Fascicolo 133, 2010, pp 1-14)**



Roma, Junio de 20102

ACOMPAÑADOS POR JOSÉ ALLAMANOPARA SER MISIONEROS

Queridos jóvenes,

Os escribo particularmente a vosotros, miembros de las comunidades de los noviciados y de los seminarios mayores. Lo hago antes de la fiesta de nuestra querida Madre Consolata. Al comienzo de este año envié una carta a todos los religiosos del Instituto para comunicar que el protector especial para el 2010 era nuestro Padre Fundador, el Beato José Allamano.

Lo que escribí en esa carta es, obviamente, también para vosotros. No obstante, me complace detenerme de manera particular con vosotros, para haceros notar que nuestro Padre tiene muchas cosas que deciros en este periodo especial de vuestra vida. Vosotros conectáis con su carisma del mismo modo que los jóvenes a quien él en persona aceptaba en el Instituto, pero lo vivís hoy, en un tiempo que es vuestro. Para poder vivir hoy el carisma con fidelidad dinámica, es condición indispensable conocer bien al Fundador, estimarle mucho, amarle y aceptar todos sus criterios de vida.

El carácter de lo que aquí os escribo tiene algunos aspectos relevantes: el sacerdotal, dado que hemos vivido el Año Sacerdotal convocado por Benedicto XVI; el del retorno a las fuentes, justamente para recibir de nuestro Padre lo que decía sobre el sacerdocio, la vida consagrada y misionera; el de la interrelación entre formando y formador, pues formador fue él. Os invito a considerar la intensidad que a él le acompañó en la preparación al sacerdocio, vivido pues lo vivió con auténtico espíritu religioso y misionero, y porque sumétodo fue eficaz, hasta el punto de hacerle crecer y llegar a la santidad; a considerar el modo de preparar al sacerdocio y a la misión a sus hijos, pues su arte educativa contenía y contiene principios y criterios sustancialmente válidos que nosotros debemos conservar fielmente y desarrollar con una creatividad dinámica.

AL IGUAL QUE ALLAMANO, FORMAOS CON EMPEÑO

La vocación requiere decisión

La vocación a la vida consagrada y al sacerdocio constituye un don divino especial que se inserta en el vasto proyecto de amor y de salvación que Dios tiene sobrecada persona y sobre toda la humanidad. El Señor, por especial iniciativa suya, elige a algunos para que sigan más de cerca a su Hijo Jesucristo y sean sus ministros y testigos privilegiados. A la confianza en la iniciativa de Dios debe corresponder una respuesta positiva de la persona humana. Vosotros formáis parte de esta multitud de los llamados. Os invito a considerar cómo vivió Allamano sus años de seminario para poder así seguir sus huellas. ¿Recordáis aquellas palabras tan repetidas que dijo a sus hermanos cuando querían convencerle de que retrasara su ingreso en el seminario para realizar antes con ellos estudios superiores? Así contó él mismo ese encuentro familiar: «Mi mayor consuelo es haber hecho siempre todo lo posible para seguir la vocación que el Señor me había dado. Tenía entonces dos hermanos: uno estudiaba medicina y el otro derecho; querían que estudiara como ellos. Pero yo respondí: “¡No, yo quiero ser sacerdote! El Señor me llama hoy, ¿y quién me garantiza que dentro de tres años volverá a llamarme?”» (Conf. SMC, I, 59; cf. Conferencias SMC, II, 290; Conferencias IMC, I, 491). Y concluía: «Tendría que estar de rodillas toda la vida con la cabeza inclinada para dar gracias al Señor por la vocación» (Conf. SMC, II, 559). Ahí tenéis la primera actitud de la que nuestro Fundador es modelo para nosotros especialmente hoy: convicción y decisión en relación con la vocación. Recordad que el Fundador buscaba y sigue buscando jóvenes decididos y fuertes, no personas fluctuantes, incapaces de orientarse, agitadas por continuos vaivenes en sus reflexiones. Es importante no perder nunca el amor demostrado el día de nuestro primer “sí”. Esta decisión inicial la llevaba en su alma al entrar en el seminario para dar comienzo a un camino formativo fervoroso. Los seminarios de entonces adolecían de un ordenamiento más bien rígido, aunque tampoco deben infravalorarse sus virtudes. Del seminario de Turín, en efecto, salió un buen número de santos sacerdotes, desde José Cafasso, a Don Bosco, a Murialdo, a los hermanos Boccardo, etc. El sistema educativo, salvo algunas variantes, giraba en torno a tres ejes: piedad, estudio y disciplina. José Allamano se adaptó sin esfuerzo a su seminario tal como era; más aún, le amaba y, ya sacerdote, aceptó volver a él, primero como asistente y seguidamente como director espiritual. Al final admitió cándidamente: «Yo, después de catorce años de seminario, lloré [al dejarlo], pero está claro que no todos pensaban lo mismo» (Conf. IMC, II, 21). Y añadía que no estaba bromeando: «Yo estaré siempre agradecido a mis superiores por no haberme dejado hacer lo que yo quería, porque siempre me utilizaran» (Conf. IMC, II, 463).

Formación guiada y libre

Su confianza, así como su abandono en manos de los educadores, es decir, en el rector, en el director espiritual y en los profesores, era total. Confiaba en ellos porque estaba convencido de que expresaban visiblemente el esmero de Dios en su preparación al sacerdocio. Como ejemplo de esta actitud de abandono y confianza transcribo un relato que a nosotros nos puede parecer nimio pero que entonces era realmente importante. Es del P. L. Sales: «Desgraciadamente, en aquellos tiempos de secuelas jansenistas la Comunión cotidiana no estaba todavía muy en uso, ni siquiera en los seminarios, y él era uno de los pocos que la practicaban. Esta conducta del joven clérigo no dejaba de impresionar a muchos ancianos, y justamente el temor a llamarla atención le habría impedido comulgar si no hubiera sido el Director mismo quien le animara: –¡Hágala, hágala! –Es que mis compañeros dirán que quiero dárme las de bueno... – ¡Pues hágala justamente para ser más bueno!» (L. Sales, Apuntes biográficos).

José Allamano era al mismo tiempo libre y personalísimo. Conservamos el texto de una oración que él compuso y que aprobó su director espiritual, con la que pronunció ante María, «reina y madre de las vírgenes», el voto de castidad antes de recibir lo que entonces se llamaba la orden del subdiaconado. En dicha ocasión, los candidatos al sacerdocio, invitados por el obispo, daban el famoso paso adelante, signo visible con el que se comprometían para toda la vida a la castidad

perfecta y alcelibato. Escuchad la confidencia que nuestro Fundador hizo al padre D. Ferrero explicando la razón de este voto anticipado: «*No quería que se dijera que me había consagrado a Dios porque era lo impuesto al recibir el subdiaconado, sino que quise que el Señor aceptara mi ofrecimiento espontáneo antes de que se me pidiera [por la ley de la Iglesia]*» (D. Ferrero, Ricordi del ven.mo Padre, Archivo IMC). Esto os enseña nuestro Fundador cuando era seminarista: estar atentos, ser fieles y coherentes con la guía de los formadores, pero conservar vuestra libertad interior y la espontaneidad de la decisión. Debéis poder decir siempre: «Soy yo quien decide».

Formación integral, con prioridades

En la preparación al sacerdocio, el padre Allamano cuidó con esmero especial la dimensión espiritual e intelectual, sin descuidar nunca la humana y pastoral. En el plano de la formación espiritual, su objetivo era especialmente la interiorización de la Palabra de Dios y la escucha de las sugerencias de sus educadores. Como se acostumbraba entonces, el seminarista Allamano redactó un “Reglamento de vida”, que a lo largo de los años retocaría en diversas ocasiones para adaptarlo a las diversas situaciones. A pesar de su minuciosidad, este reglamento nos permite entender la dirección que Allamano había elegido desde el principio. Por ejemplo, el plan para el comienzo del día lo detalla así: «Al levantarme: observaré la puntualidad, saltando al primer toque de la campanilla; y la modestia, recordando que el cuerpo es templo del Espíritu Santo. Elevaré en seguida mi mente a Dios para darle gracias por la feliz noche, para ofrecerle todos mis pensamientos, palabras y acciones del día, proponiendo huir del pecado y trabajar en mi santificación. Dirigiré también mi pensamiento a María Santísima para que me bendiga» (Regolamento di vita, Archivo IMC).

Fijaos en esa frase que puede ser un eslogan: «Elevaré en seguida la mente a Dios». En el ámbito del estudio Allamano se distinguió especialmente por un extraordinario empeño que, aun costándole mucho, dada su delicada salud, contribuyó a conseguir una excelente preparación intelectual. En el Archivo general se encuentran sus cuadernos de apuntes escolares, en los que se puede comprobar su singular atención y el orden con que aparecen los temas expuestos por los profesores. Su estudio no consistía solamente en una operación de la mente, sino que iba a lo íntimo de su personalidad de seminarista y reafirmaba su fe. Fue monseñor Giovanni Battista Ressa, obispo de Mondovì y compañero de seminario de nuestro Fundador, quien dijo de él: «Cuando preparé un catecismo para las clases elementales y superiores de la diócesis, fui a consultar a Allamano sobre el tema de la Eucaristía, y de manera especial sobre el sacrificio de la Misa, recordando nuestros estudios. Sacó unos cuadernillos llenos de apuntes que concordaban perfectamente con mis ideas, pero eran más devotos» (Testimonianza, Archivo IMC).

Fijaos en ese “más devotos”, muy expresivo de la personalidad de Allamano, en la que ciencia y fe se aunaban. Se podría considerar a Allamano seminarista bajo otros aspectos, por ejemplo en sus relaciones con los compañeros, el de su capacidad de servicio, el de la delicadeza de sus sentimientos o el de la dimensión misionera. Hacedlo vosotros leyendo los numerosos estudios y especialmente las biografías que poseemos. Me limito, al concluir este aspecto, a reproducir el juicio que el ya citado monseñor G. B. Ressa pronunció en el santuario de la Consolata con ocasión del 50 aniversario de la ordenación de nuestro Padre y que constituye una síntesis de su personalidad: «[Allamano] era nuestro modelo por el fervor en su oración, por sus frecuentes comuniones, por su atención a los profesores, por su aplicación en el estudio, por su paciencia y amabilidad, por el esplendor de la virtud angelical. Nunca le encontré turbado o inquieto, sino siempre en paz, siendo amado por todos. Todos sabían que el más cercano a Corazón de Jesús, el más amigo, era Allamano, con quien nadie se habría atrevido a compararse» (G. B. Ressa, Omelia per il 50° di ordinazione, Archivo IMC).

En colaboración con los formadores

Como educador, podéis estar seguros de que nuestro Fundador tenía una pedagogía que aún hoy

puede considerarse actualísima. Os enseña cómo debéis relacionaros con los formadores que el Instituto ha puesto a vuestro lado para acompañaros a la consagración religiosa, al sacerdocio y a la misión. Creo que os puede ayudar en vuestra formación actual un conocimiento más profundo de su método educativo. Os indico algunas de sus características y os invito a practicarlas en la relación con vuestros formadores y, espiritualmente, también con él cuando os confrontáis con su pensamiento. Tened presente que Allamano no era visto por sus jóvenes solamente como “educador”, sino en primer lugar, y muy especialmente, como “padre”. Entre él y sus hijos circulaba una corriente espontánea de entendimiento, lo que facilitaba un progreso creciente. Los jóvenes se sentían acogidos, estimados y especialmente amados. Y le correspondían con la misma estima y amor. «Como Fundador –dijo con entusiasmo el padre Guido Bartorelli en una conmemoración en Alpignano– no le habríamos cambiado por nadie» (Commemorazione, 16 de febrero de 1981, Archivo IMC).

Nunca hacía distinciones; todos estaban llamados por el Espíritu a la misión y todos, por consiguiente, eran suyos del mismo modo. Fijaos en un detalle que a mí siempre me ha llamado la atención. El Fundador no indicaba ideales diferentes, más o menos elevados, acordes con las diferentes capacidades de cada uno de los jóvenes, sino que siempre propuso a todos el ideal máximo de la santidad. Conocía bien a aquellos jóvenes y sabía que no eran santos, incluso se lo decía expresamente. Pero como era un hombre positivo y optimista en relación con las capacidades de la persona humana para mejorar, los acompañaba en un camino ascendente, de crecimiento y coraje, no contentándose nunca con el estado en que se encontraban. Escuchémosle: «El aire de esta casa es un aire que forma los santos. No es que todos sean santos (deberían serlo), pero se puede llegar a serlo. Por consiguiente [...], decí os lo: Ad quid venisti? [¿Para qué has venido?]. Para hacerme santo, para nada más. Si os hacéis santos, lo habréis conseguido todo; si no, nada. Todo lo habéis confundido» (Conf. IMC, II, 83). Explicando el “fin primario” del Instituto, el 16 de noviembre de 1913, nuestro Fundador decía con ardor: «[Quien viene] aquí debe en primer lugar hacerse santo, “santificación de sus miembros”, no de alguno sino de todos [...]. Si algunos no tienden a ello, no se consigue el fin primario. De todos, para no agraviar a nadie, que todos son miembros y deben hacerse santos, deben ayudarse» (Conf. IMC, I, 619). Desde el primer día hasta el último la santidad fue el ideal propuesto con convicción e insistencia a todos. Los hombres grandes se mueven a esos niveles, ¡vuelan alto! Entre vosotros y vuestros formadores debe pues madurar un entendimiento espontáneo y profundo, que consiste en la estima y el afecto mutuos y en el convencimiento de que nadie está excluido de conseguir el ideal máximo de la santidad misionera.

En los encuentros comunitarios

El beato Allamano, viviendo en la Consolata y no en la Casa Madre, educaba a los jóvenes a la vida y a la misión especialmente con los encuentros, tanto comunes como individuales. Ya sabéis con qué constancia y regularidad iba todos los domingos, y muchas veces también los días feriales, a la Casa Madre. Los testimonios de quienes tuvieron entonces la suerte de participar en sus conferencias son conmovedores y explican el clima que se había creado y la densidad del contenido que el Fundador ofrecía. Eran realmente encuentros de familia. «Los domingos –contaba el coad. B. Falda– eran totalmente para sus hijos. [...]. Su conferencia no tenía nada que fuera catedrático o rígido; era el Padre quien, sentado en medio de sus hijos, que quería junto a sí, especialmente a sus ayudantes, nos hablaba con la mayor espontaneidad. Eran consejos casi susurrados al oído pero que se grababan en el ánimo y nos impregnaban de su espíritu» (Testimonianza, Archivo IMC).

El padre V. Dolza, con su sencillez, nos dejó unas líneas entrañables sobre esos encuentros: «Su celo por nuestra formación y santificación se manifestaba especialmente en las maravillosas conferencias del domingo. Llegaba sonriente, se sentaba, sacaba un papelito y nosotros nos quedábamos boquiabiertos oyendo sus palabras. ¡Cuánto deseábamos aquellos momentos, que siempre nos parecían breves!» (Commemorazione, 16 de febrero de 1945, Archivo IMC).

Los jóvenes “se quedaban boquiabiertos”. Más no cabe decir. Notad que los encuentros dominicales estaban muy lejos de ser formales. La actitud del Fundador creaba de inmediato un clima de espontaneidad. Para que lo percibáis debidamente os aconsejo que leáis en los volúmenes de las conferencias cómo comenzaba habitualmente el discurso y especialmente cómo lo terminaba. Era siempre muy espontáneo y estimulante. Además, muchas veces estos encuentros eran enriquecidos con la lectura de noticias de las misiones y terminaban con la distribución de caramelos, dulces o fruta. Son detalles que pueden inspirar nuestros encuentros comunitarios de hoy, donde a la riqueza de los contenidos debe unirse un estilo familiar y espontáneo. El Fundador nos estimula por ese derrotero.

En los contactos individuales

Además de estos encuentros comunes, el Fundador recibía a cada uno de sus jóvenes. En primer lugar los acogía con cordialidad y calma, bien en el Instituto o bien en la Consolata, sin dar nunca la impresión de que tenía prisa. Los testimonios dicen que, cuando trataba con las personas, Allamano parecía que no tenía otra cosa que hacer, de tal modo que se le veía tranquilo y a gusto con ellas. Entre otros, cito dos de esos testimonios. El padre D. Ferrero dice: «Y nos oía, nos preguntaba como si notuviera otra cosa que hacer». (Testimonianza, sin fecha, Archivo IMC).

Sor Chiara

Strapazzon habla así: «Cuando llegó mi turno me acogió con mucha benevolencia y paterna bondad; dijo que me sentara junto a él y me escuchó atentamente, como si no tuviera más que hacer» (Testimonianza, 21 de noviembre de 1943, Archivo IMC). Esta actitud de calma y de total atención al otro y a lo que el otro deseaba comunicare en el encuentro es de importancia fundamental en el diálogo entre los formadores y los jóvenes estudiantes. «Nunca sucedió, durante casi treinta años – escribe el padre L. Sales en la primera biografía de Allamano – que alguien dejara de ser recibido [...]. Y siempre ponía las cosas en su sitio con pocas palabras. Pero había que oír con qué acento las pronunciaba, ver su gesto parco y resuelto, y aquella forma de mantener la cabeza, yaquella mirada clara y penetrante que descendía más y más hasta llegar a lo íntimo del corazón» (L. Sales, *Il Servo di Dio...*, 234-235).

También el padre V. Sandrone tiene algo que decirnos: «Con frases breves, generalmente bíblicas, pronunciadas en un tono volitivo muy personal, el señor Rector resumía sus coloquios privados animándonos en nuestras dificultades. Estas son algunas de las que me dirigió con más frecuencia: Nunc coepi [recupérate, comienza de nuevo ahora] – Quiero hacermesanto – Ve a Dios en todas las cosas y en todos – Dios quiere almas generosas – Quien quiere hacerse santo debe distinguirse en algo, etc.» (padre V. Sandrone, *Memorie*, p.10, Archivo IMC). Además del arte de la acogida, en el Fundador podemos admirar su capacidad para comunicar su propia experiencia, algo así como la comunicación de sí mismo. «Os digo lo que siento» (Conf. IMC, III, 595). Estas palabras, pronunciadas después de algunos consejos sobre el modo de hacer la visita al SS. Sacramento, contienen el secreto de su capacidad de entrar en la vida de sus hijos. Deseaba acompañar el crecimiento de la persona comunicando, además de la doctrina, la propia experiencia de vida. Y no se andaba con rodeos: «Mi experiencia de comunidad, de la que viví toda la vida, quiero aplicarla a este Instituto» (Conf. IMC, I, 15). «[De los ejercicios espirituales] os he traído el espíritu, un depósito de espíritu. ¿Y sabéis qué es? Alguno de los buenos pensamientos que más me ha impresionado os lo quiero confiar. [...] Y así en los sermones, meditaciones, exámenes, haciéndome bueno yo, pensaba también en vosotros. Por vosotros y por mí» (Conf. IMC, II, 634).

Conocer en profundidad el pensamiento y el espíritu de Allamano

No basta con estimar y amar al Fundador. Tampoco basta con orar por intercesión suya. Es indispensable conocer bien su pensamiento y, por tanto, su espíritu. Los que vivían con él le escuchaban, le veían, se sentían atraídos por el testimonio de su vida. Podemos decir que todos nuestros primeros hermanos le conocieron perfectamente. Por eso los testimonios que dejaron sobre

él son tan profundos y precisos. Basta leerlos para constatar la sintonía, incluso de pensamiento, que había surgido entre el Padre y sus hijos. Resulta espontáneo personalizar el discurso y preguntarse si podemos afirmar que conocemos el pensamiento de nuestro Fundador. Podemos repasar con la mente el número de obras leídas sobre su vida, sus biografías... Algún texto: “La vida espiritual”, los volúmenes de sus conferencias, las cartas, las biografías que los misioneros escribieron...

Comprendo la dificultad de la lengua, pero que no haya escapatorias. Para poseer vitalmente el pensamiento y el espíritu de nuestro Fundador es necesario partir de ahí: conocer lo que dijo y escribió para luego “rumiarlo”, como él explicaba, es decir, profundizar en ello con la oración y apropiárselo. Afortunadamente tenemos mucho material que nos favorece. Recientemente, justamente para vosotros los jóvenes, hemos confeccionado una obra de renovación sobre el material de sus conferencias, exigida por el tiempo transcurrido entre nuestro Fundador y nosotros, durante el cual la Iglesia ha celebrado un Concilio Ecuménico. El nuevo volumen, “Así os quiero”, es especialmente para vosotros, queridos jóvenes, y os aseguro que en él encontraréis una síntesis completa y ordenada del pensamiento y el espíritu del Fundador. Valoradlo cuanto podáis, comunitariamente y cada uno en particular, y más ahora que contamos con las diversas traducciones. También en el campo del conocimiento del pensamiento y del espíritu de nuestro Fundador deseo proponeros alguna pista concreta que os sirva de ayuda. A vosotros la tarea de rastrear cumplidamente las huellas que os señalo a continuación.

Sobre el sacerdocio ministerial

Comencemos por el sacerdocio, que os interesa a casi todos vosotros. Ya he escrito bastante sobre este tema al tratar del Año Sacerdotal en la circular común, y también anteriormente os he dicho alguna cosa al hablaros del fervor de Allamano como seminarista. Pero deseo añadir algún otro elemento. La teología del tiempo del Fundador insistía en la “dignidad” del sacerdocio. Partiendo del texto de 1Pe 2,9: «Vosotros, por el contrario, sois linaje escogido, sacerdocio real», se ponía el acento en el concepto de “realeza”, es decir, de dignidad del sacerdote. También Allamano, como todos los santos de su tiempo, seguía esta línea de pensamiento. Con ocasión de la ordenación sacerdotal de cinco religiosos en 1912, nuestro Fundador se expresó así: «Cinco nuevos sacerdotes significa cinco reyes, cinco ángeles, cinco seres divinos» (Conf. IMC, I, 429). El concepto expresado así es bastante restringido, pero el Fundador lo explicó después ampliamente. Aunque hoy no repetiríamos al pie de la letra estas expresiones, no cabe duda de que debemos mantener la convicción de fondo, es decir, el aprecio incondicional a nuestra vocación sacerdotal. Repito una vez más la expresión de nuestro Padre que transcribí al principio: «Tendría que estar de rodillas toda la vida con la cabeza inclinada para dar gracias al Señor por la vocación» (Conf. SMC, II, 559).

Llegados aquí os invito a cada uno a preguntarse: ¿Tengo yo esa estima por mi vocación al sacerdocio? ¿La siento como el tesoro más grande que poseo? ¿Son sobrenaturales los motivos que me empujan al sacerdocio? Si es así, quiere decir que el empeño en la formación debe ser proporcional, es decir, máximo. Nuestro Fundador así lo pensaba: «A tanta dignidad debe corresponder igual santidad» (Conf. IMC, I, 430).

Sobre la misión “ad gentes”

Y ahora detengámonos en la dimensión misionera de la vocación. La problemática sobre la “misión hoy” ya la conocéis por los estudios sobre la misión. Como Instituto queremos estar abiertos a las nuevas exigencias y ser fieles a las indicaciones de la Iglesia, que se manifiesta en sus pastores, justamente como lo era nuestro Fundador. La misión del tercer milenio no debe encontrarnos rezagados y menos aún sin preparación. Subrayo en el plano formativo un doble aspecto: la exclusividad y la totalidad de la vocación misionera. La exclusividad significa que nosotros somos “solamente” misioneros, y esto significa que vosotros os estáis preparando para ser “solamente” misioneros y no para otras tareas, aunque sean de carácter apostólico. Aquí podría decir os muchas cosas, pero me conformo con transcribir estas famosas y conocidas palabras de nuestro Fundador:

«Quien ingresara en nuestro Instituto con un fin diverso al de misionero de la Consolata, sería un intruso. [...]. El Instituto no es un colegio, no un seminario donde puedan desarrollarse diversas vocaciones, sino solamente la de misioneros, y éstos de la Consolata» (Conf. IMC, I, 623). Esta exclusividad de la dimensión misionera tiene efectos prácticos no solamente para el periodo de la formación de base sino para toda la vida. En el futuro seréis destinados solamente a actividades misioneras. Tened estobien presente.

Allamano insistía también en la “totalidad” intrínseca de la vocación misionera. Totalidad significa no excluir nada, ni en cuanto al modo ni en cuanto al tiempo; darlo mejor de nosotros por la misión y para siempre. Escuchemos una vez más a nuestro Fundador cuando interpelaba a los jóvenes sobre su vocación: «¿Y para qué habéis venido? ¿Para qué estáis aquí?... [...]. Todos respondéis: “Para hacerme misionero”, y si alguno tuviera otro fin, se equivocaría: aquí el aire es bueno solamente para los que quieren hacerse misioneros, y si no es así, no es bueno para vuestros pulmones. Pero para eso hay que hacerse santos. El Señor no se sirve de ninguna otra regla para convertir que la de ser santos. Lo primero, por tanto, santificarnos nosotros mismos, porque si no somos santos iremos allá y, en lugar de convertir, pervertiremos. Así pues, hacernos santos» (Conf. IMC, II, 82). Ya veis: no solamente misioneros, sino misioneros santos. Hay un “algo más” que nuestro Fundador consideraba indispensable para un misionero, y lo decía aplicándolo a los diversos casos de la vida. Por ejemplo: «Si un cristiano no debe buscar todas las comodidades, menos aún deberá buscarlas un misionero» (Conf. IMC, III, 291). «Es la vida de sacrificios la nuestra, como hombres, como cristianos, como religiosos, como sacerdotes y más como misioneros» (Conf. IMC, III, 291).

Nuestro Fundador estaba convencido de que la vocación misionera exigía un empeño especial de santidad, pues es la más próxima al estado de vida elegido por el Verbo encarnado: «Es el mismo Señor quien la eligió, y si hubiera habido una vida de mayor perfección, una vida más selecta, esa es la que habría elegido» (Conf. SMC, II, 666). Como veis, queridos jóvenes, la vocación misionera es realmente “exigente”. Contiene en sí misma desafíos formidables, pero seguramente no os asustan, sino que hasta os entusiasman. Para hacer frente a esos desafíos se necesita mucho amor. Según el Fundador, nuestra vocación exige un ilimitado amor a Dios y un gran amor al prójimo. Solamente así seremos misioneros santos, porque, como él decía: «Amar y hacerse santos es la misma cosa» (Conf. SMC, II, 520; cf. Conf. IMC, III, 396).

Sobre la consagración religiosa

Creo que conocéis el progreso histórico que nuestro Instituto recorrió en el plano jurídico: de “asociación religiosa” pasó a “sociedad de vida apostólica”, hasta llegar a ser “congregación religiosa”. Este progreso tuvo lugar durante la vida del Fundador y él fue quien lo siguió y hasta quien lo quiso. Podemos pues decir que, para nosotros, ser “religiosos”, es decir, “consagrados”, forma parte de nuestro carisma originario. Forma parte de nuestro ADN. Durante el noviciado de manera especial, pero también a lo largo de los años de formación os preparáis a la vida consagrada, juntamente con la preparación al sacerdocio y a la misión. No deja de tener un sentido que los votos se hagan primeramente como temporales, pues es justamente para daros la posibilidad de experimentar en la vida real vuestra disponibilidad e idoneidad para vivirlos en plenitud.

En el volumen “Así os quiero” podéis encontrar lo esencial de su enseñanza, que luego podéis profundizar más valorando sus conferencias dominicales. Lo que aquí deseo especialmente es llamar vuestra atención sobre los elementos que acariciaba el Fundador en relación con la vida consagrada de los misioneros. En primer lugar concebía la vida consagrada como la forma de vida mejor y más apta para ser misionero. Esta era su convicción, y se derivaba de su experiencia y de las confrontaciones que había hecho entre tantos institutos misioneros religiosos y no religiosos. En este sentido disponemos de la famosa conferencia del 19 de octubre de 1919 (Conf. IMC, III, 339 – 340), a la que os remito. Profundizad en ella, ya que las razones que el Fundador aduce en favor de la vida consagrada para nosotros los misioneros siguen siendo válidas. Me contento con recordar aquí el

principio general, que él expresó en su carta circular del 31 de mayo de 1925: «...«[el Instituto ha elegido la forma “religiosa” llevado] por el deseo de formar un cuerpo moral más perfecto para nuestra santificación, especialmente idóneo para la evangelización y más acorde con la vida de misión» (Lett. X, 305 – 306).

Un segundo elemento podemos encontrarlo en la unidad entre vocación misionera y vocación religiosa. Tened presente que nuestro Fundador no dividía en sectores la vocación. Según él, nuestros votos religiosos son por sí mismos “misioneros”. Estas fueron sus palabras con ocasión de la renovación de los votos de una religiosa: «Son votos de misioneras, y por eso se necesitan gracias aptas para las misioneras. Cuando hacéis los votos o los renováis es necesario que penséis en las almas» (Conf. MC, III, 41). Y dice en otra ocasión a las novicias que se estaban preparando a la profesión: «Deberíamos tener como voto servir a las misiones hasta con la pena de muerte. [...] Cuando hagáis los votos, recordad que en medio de los tres votos se encuentra también este cuarto voto...» (Conf. MC, I, 434).

El tercer aspecto que deseo subrayar es que para Allamano la consagración religiosa se caracteriza por la “totalidad” del don que se hace a Dios. Siguiendo la cultura ascética de su tiempo, así se expresaba: «El religioso no da a Dios solamente la obra, sino que le da el árbol, raíz de todas las obras» (Conf. IMC, III, 340.); «Quien hace un voto se obliga a mantenerse firme [...], ofrece hasta la libertad de hacer algo diferente; da a Dios no solamente el fruto, sino también la planta» (Conf. MC, III, 91). Esto significa que, como religiosos, tenemos una garantía más de realizar nuestra identidad misionera, que por su naturaleza es “total” y “para toda la vida” (cf. Decreto “Ad Gentes”, 17). Como veis, ser misioneros-religiosos es un don especial, pero también un compromiso exigente. ¿Recordáis el famoso lema de nuestro Instituto: “Primero santos y luego misioneros”? Pues bien, dicho lema, según la mente del Fundador, puede ser expresado con estas otras palabras: “Primero religiosos y luego misioneros”. Él mismo pronunció esta frase. La consagración religiosa, en efecto, si se la vive coherentemente, conduce a la santidad de vida y, por lo mismo, es la premisa necesaria y lógica para el servicio misionero. Así hablaba nuestro Padre: «Si queréis además ser misioneros en regla, primero es necesario que seáis óptimos religiosos; antes de convertir a los demás es necesario que nosotros seamos santos» (Conf. IMC, III, 342).

Creer viviendo en la interculturalidad

En cuanto a una cuestión tan actual como la de la interculturalidad, creo haber escrito bastante en la circular común. Daos cuenta de que es un tema abierto sobre el que el discurso nunca se da por concluido. Nuestra actitud consiste en ser sensibles, realistas, abiertos y, digámoslo también, generosos cuando es necesario aceptar contradicciones. La interculturalidad no es simplemente un modelo nuevo y más eficaz, tal vez para enmarcar nuestra actual internacionalidad o al menos para mantenerla libre de conflictos al máximo posible. Interculturalidad, en la espiritualidad de nuestro Instituto, significa mucho más a mi modo de ver; es la invitación a una visión más profunda del actual mundo plural y en continua evolución y de las personas que lo habitan, independientemente de la lengua, la cultura y la religión, una visión que está en sintonía con la “contemplación cristiana con los ojos de par en par”. Esa visión debe considerarse incluso en las relaciones interpersonales en el interior de nuestras comunidades formativas. Os pido que convirtáis en objeto de vuestra reflexión comunitaria, así como de la personal, este gran tema, no en sentido puramente teórico, sino práctico, teniendo presentes las pistas y las orientaciones relacionadas con el Fundador, como he tratado de explicar en otra circular. Vosotros, queridos jóvenes, sois unos privilegiados en este asunto, ya que vuestras comunidades son de hecho internacionales y, por consiguiente, interculturales. Vosotros podéis formaros y crecer en la experiencia vivida de la interculturalidad.

Vuestra generación, cuando sea adulta, no podrá dejar de ser intercultural, pero a condición de que ahora trabajéis con inteligencia y generosidad. En vuestros noviciados y casas de formación los signos de la interculturalidad son ya numerosos y evidentes. Os invito a continuar recorriendo el

camino emprendido dando lo mejor de vosotros mismos. Deforma caracterizada por la pluralidad cultural, es tarea profética de la Iglesia y nuestra, como Instituto, ofrecer al mundo plural nuevos modelos ejemplares de la vida comunitaria. Al comprometerse en la adhesión a las diversas culturas se puede correr el riesgo de que gradualmente se infravalore o se descuide el origen y la tradición. Recordemos que todo tiene su valor. El árbol se mantiene vivo y produce frutos si conserva sus raíces vivas y sanas. Los futuros Misioneros de la Consolata serán necesariamente una familia intercultural, pero provistos de todos los valores y del espíritu inalterado característico de Allamano. Se trata de un ideal estimulante. Merece la pena seguirlo.

CONCLUSIÓN

Al final de esta carta, queridos jóvenes, os propongo un ejercicio interesante, que consiste en hacer una “confrontación” de vosotros mismos con el Fundador vivo y perenne. Para que sea eficaz, dicha confrontación debe ser realizada a menudo, no una sola vez, y de modo concreto, vital y apto para el momento particular que cada uno está viviendo. “Confrontarse” con el Fundador significa realizar un gesto formativo de primer orden para que sepáis situaros ante él tal como sois, dejándo os conocer e interrogándole, quizá discutiendo, para luego responderle. Las respuestas nos os las debéis dar por vuestra cuenta, con la ayuda de vuestra fantasía. Las respuestas deben ser objetivas, es decir, contener la verdad del espíritu del Fundador. Decir “hoy el Fundador me diría o haría así...”, puede ser cómodo. Para que las respuestas sean también verdaderas se necesitan genuinas disposiciones interiores que impidan “hacer rampas”. Además del conocimiento es indispensable la “sabiduría”, y esta virtud nos la da el Espíritu. Por eso, antes de confrontaros con el Fundador, además de conocerle a él, su historicidad y su pensamiento, debéis “orar” para tener luz y fuerza: luz para no equivocaros, fuerza para no poner os en otra parte y fingir que no habéis entendido. El Fundador, también hoy, no pide lo imposible, sino la coherencia, en un clima de fervor que siempre propuso a sus misioneros.

Cuando Allamano estaba con nosotros en esta tierra, aseguraba personalmente esta confrontación con la comunidad y con cada uno mediante su obra formativa. Conocía a cada uno personalmente. Ahora continúa garantizando esta confrontación con su inspiración. Como entonces, también hoy se les pide a todos los que son discípulos suyos que sean activos, acogiendo su enseñanza, siguiendo sus propuestas, confrontando con él la propia vida y la propia actividad.

Quien no realiza este contacto existencial de conocimiento, seguimiento y confrontación porque es negligente o porque no está interesado, se sitúa fuera de su influjo. Podemos compararlo con aquellos que durante su vida terrena eran desganados, distraídos o fríos y no le seguían. Indudablemente, ninguno de ellos llegó a ser misionero de la Consolata, y si lo fueron, habrá sido sólo jurídicamente, no en la identidad vocacional. Estoy seguro de que vuestro contacto con aquel a quien sentís “Padre” de vuestra vocación, durante este año de 2010, ocupará un lugar privilegiado. Para que esto se realice plenamente en todos vosotros, os garantizo mi oración ante la Consolata y el Fundador, a quienes pido una bendición especial sobre nuestros novicios y casas de formación, que son el futuro de nuestra Familia misionera.

Señor, te doy gracias por nuestro Fundador, el Beato José Allamano. Como padre y maestro, nos enseñó a ser misioneros en espíritu de familia y santidad de vida. Ayúdanos a vivir con fidelidad y ardor nuestra consagración misionera compartiendo el mismo carisma, en el amor fraterno y en el celo apostólico. Enséñanos a anunciar a todos que Tú eres Padre y llamas a toda persona, pueblo y cultura a formar parte de tu proyecto universal de salvación. Amén.